

La recuperación de la palabra. Entrevista con Antonina Rodrigo

Neus Samblancat Miranda

Antonina Rodrigo es una estudiosa excelente. Mujer de mirada clara y voz de emoción escondida, transmisora de las ideas más radicales sin alterar su plácido tono. Escritora de poesía y ficción, desde muy joven, ha centrado su labor investigadora en la recuperación de la palabra de hombres y mujeres combativos, luchadores de la justicia y de la idea. «A mí me importa ante todo el ser humano», afirma. Su esfuerzo, visible en obras que reflejan su caudal de intereses: Mariana de Pineda, Federico García Lorca, Manuel Ángeles Ortiz, Josep Trueta, Margarita Xirgu o Amparo Poch y Gascón, se ha encaminado últimamente a componer un mosaico biográfico de las mujeres de la II República, de la guerra civil y del exilio. Estas vidas «de mujeres inolvidables,» en palabras de Manuel Vázquez Montalbán, las ha reunido en una trilogía que atiende tanto a la figura marginada como a la intelectual silenciada: *Mujeres para la Historia. La España silenciada del siglo XX, Mujer y Exilio, 1939* y *Las olvidadas*, éste último volumen pendiente de aparición. En estas líneas, su voz desgrana su pionero y necesario saber.

Neus SAMBLANCAT — *Montserrat Roig en el prólogo a tu obra Mujeres para la Historia. La España silenciada del siglo XX comenta, de acuerdo contigo, «que es urgente recuperar la palabra de las mujeres que nos han precedido en eso tan abstracto y concreto a la vez que se llama existencia» ¿Podrías hablarnos de los motivos que te impulsaron a elegir este tema de estudio?*

Antonina RODRIGO — Creo que debió ser la desigualdad secular que arrastraba la mujer a través de la historia, en todos los órdenes, muy agudizada en una ciudad como la Granada de la posguerra.

Me interesaba mucho desterrar los falsos criterios sobre la mujer y descubrir esa legión de marginadas, a través de los tiempos, que bajo

la opresión trabajaron, estudiaron, escribieron, lucharon en silencio, porque les estaba prohibido manifestar cualquier inquietud intelectual, incluso social. Y en particular me interesaba la mujer trabajadora. Su esfuerzo de ordenar las labores caseras y armonizar la atención a su familia con extenuantes jornadas en fábricas, en talleres, en el campo e incluso en la mina; las tejedoras, las cigarreras, las cuadrillas de obreras que descargaban en los puertos y muelles el carbón o el pescado, y que luego, cuando los hombres regresaban de faenar en la mar, los ayudaban en el arrastre de la pesca, que después vendían ellas mismas por calles y plazas, transportándola en cestos y carpanchos sobre el ruego, en sus cabezas. Sin olvidar los continuos partos. Su juventud era flor de un día. Vemos sus fotografías y parecen mujeres viejas, cansadas, con sonrisas tristes, sin poder cuidar debidamente a sus hijos, que se les morían sin asistencia alguna, y todavía las había que militaban en los sindicatos obreros.

— *¿Cuáles fueron tus comienzos?*

— Yo escribía poesía y narrativa. En la prensa granadina, publicaba articulitos y cuentos. Mi primer libro estuvo dedicado al teatro infantil. Quise hacer un estudio sobre la mujer en la historia de Granada. Me encontré con variedad de monjas escritoras. Creo que la mujer, íntimamente, ha escrito siempre como una forma de defensa, de salvación, de autoestima. No todas las monjas profesaban en los conventos por propia voluntad. Los padres y los maridos las encerraban de por vida por causas de herencia, de celos y toda clase de turbios sentimientos y ambiciones; eran puros secuestros, que la iglesia y las leyes apoyaban. Fuera de aquella oscuridad, refulgía un personaje lleno de luz: Mariana de Pineda, única mujer que tenía una estatua en Granada. De niña la había conocido como una canción popular: «¡Oh, qué día tan triste en Granada/ que a las piedras hacía llorar/ al ver que Marianita se muere/ en cadalso por no declarar». Mi madre me contó que era como un lirio blanco camino del patíbulo, fíjate qué bonito. La historia de Mariana es la de una mujer que lucha en la sombra, frente al poder, por un ideal, hasta dar la vida por él. El compromiso de una mujer revolucionaria contra la tiranía absolutista. Y me quedé, durante los años que duró la investigación, prendida y prendada por su ética y su valentía: ejecutada por no declarar los nombres de sus compañeros de causa, rechazando el indulto que le ofrecían a cambio de la dela-

ción. Es una figura con la que crecí; Mariana representa un papel activo en mi toma de conciencia. Esta fue mi primera biografía, que apareció en 1965, en la editorial Alfaguara, de Camilo José Cela. Fue el primer libro de la colección titulada: «Los que no murieron en la cama». Eran personajes de muerte airada, como el *Larra, anatomía de un dandy*, de Umbral, y *El cura Merino*, de Héctor Vázquez Azpiri.

— *¿Y después de Mariana Pineda hacia dónde te encaminaste? Cuáles fueron tus intereses?*

— He investigado indistintamente sobre hombres y mujeres en los que la República, la guerra y el exilio planea sobre ellos. A mí me importa ante todo el ser humano. Uno de mis amores, como granadina, es Federico García Lorca. Durante mucho tiempo fue un rumor apagado. Era materia represiva hablar públicamente de él, sus libros estaban prohibidos. En Granada hubo miles de *Federicos*: su propio cuñado Manuel Fernández Montesinos, alcalde de Granada; albañiles, maestros, carpinteros, profesores, hasta Salvador Vila, rector de la universidad, y muchas mujeres comprometidas, valientes, corrieron la misma suerte, aunque siempre se habla de los hombres fusilados, pero hubo miles de mujeres asesinadas en cunetas, tapias de cementerios y en fosas comunes. Hace años que preparo *La mujer en la represión de Granada*. He escrito sobre Ángel Ganivet, Manuel Ángeles Ortiz, Antonio Machado, Miguel Hernández, Josep Trueta, Salvador Dalí, Luís García Gallo o la tonadillera, María Antonia Fernández, «La Caramba».

— *Sin embargo, en los últimos años, a partir de la publicación de tu biografía sobre Margarita Xirgu o de tu ensayo sobre María Lejárraga, el tema de la mujer y de su reincorporación a la Historia es dominante en tu bibliografía.*

— Sí, desde un principio tuve claro que si la mujer no investigaba su pasado, nadie lo iba a hacer por ella. Afortunadamente su lucha y su resistencia la reivindican hoy, investigadores, en exhaustivos estudios. Era urgente recuperar su memoria diseminada por tantos países, cada día lo es más, pues se agota el ciclo vital de los protagonistas. La represión del franquismo impuso un silencio impune a las generaciones siguientes, apenas les sonaba nombres punteros como Federica Mont-

seny, Dolores Ibarruri o Margarita Nelken. De Campoamor y *Colombine*, ni digamos. Otro tanto ocurría con Zambrano. Mujeres como María Teresa León eran desconocidas por la gente joven; en todo caso sabían que era la mujer de Alberti, pero su personalidad de escritora, dramaturga y miliciana no la conocían. Si ellas, con su dimensión pública, permanecieron ausentes de la historia, la labor de las líderes obreras quedó sumergida. Por ejemplo la de la federación de Mujeres Libres, y sus fundadoras Lucía Sánchez Saornil, Mercedes Comaposada, la doctora-escritora Amparo Poch y Gascón y Lola Iturbe, obrera autodidacta, corresponsal en el frente de Aragón, de *Tierra y Libertad*. Además en la posguerra cuando se hablaba de estos personajes en las escuelas, nos pintaban sus imágenes distorsionadas. Para los franquistas las mujeres republicanas que habían luchado en la guerra tenían mala reputación. Sobre todo Federica Montseny y Dolores Ibarruri eran demonios. Ya durante la guerra, la propaganda franquista decía que *Pasionaria* se comía a los niños y de noche a los curas les sacaba los ojos con una cuchara. En mis entrevistas con mujeres exiliadas en Francia, me han contado que como a los republicanos los llamaban *rojos*, los niños franceses al verlos por la calle, les decían a sus madres: *Maman ils ne sont pas rouges*. Yo misma creí un tiempo que Federica Montseny era una torera, porque mi Madre me dijo un día que era una mujer que llenaba las plazas de toros. Y claro, yo, niña andaluza, no necesité más. Hasta que un día en el colegio, una compañera me dijo que Federica era una demonia, con cuernos y rabo. Y aquello me descolocó al personaje, y le dije a mi madre que además de torera era una demonia. Mi madre me dijo que era una tontería, que no lo creyera, Federica llenaba las plazas de toros hablando a las gentes de justicia y libertad para el mundo del trabajo. Pero, cautelosamente, me sugirió que no dijese nada a mi compañera, ni a nadie...

— *En este ambiente de hostilidad y silencio tus tempranas investigaciones no debieron ser fáciles. ¿Qué dificultades tuviste?*

— Pues, creo que toda. La represión fue tan dura que el miedo de las gentes se alió con el silencio. Creo que para lavar su imagen de sospechas y poder sobrevivir, también para no volverse locos. Hasta el punto que, en muchas familias de represaliados, los hijos no llegaron a conocer el compromiso político de sus padres, ni tampoco la represión de la que fueron víctimas. La dominación por el terror fue el pacto de